

LIBROS

Caballar de héroes entre estrellas errantes

Una nueva editorial de ciencia-ficción nace, amparada en el "boom" repentino del género en España. Francisco Arellano, editor. Arellano es un viejo "fan" del género que se ha movido al dar su primer paso en el mundo de las editoriales serias —no de los fanzines minoritarios—, movido ante todo por un afán de dar a conocer lo que le gusta, plantéandose con honradez y seriedad su trabajo de difusor de la cultura.

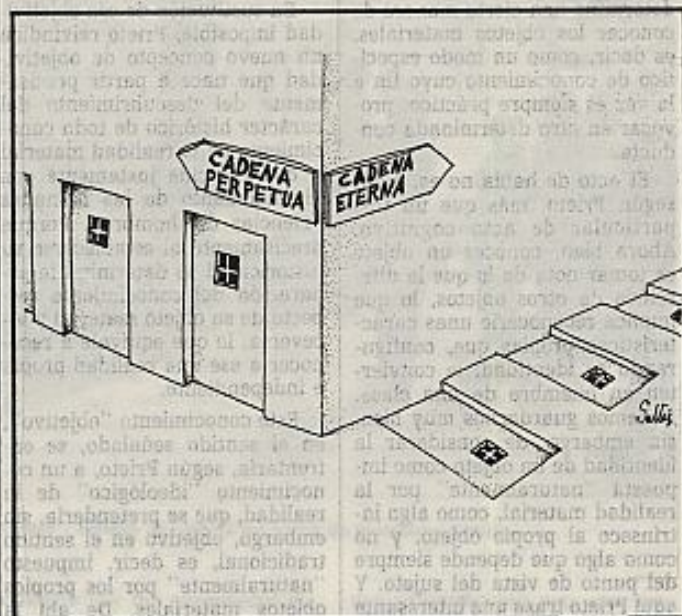
Lo primero que Francisco Arellano, en su colección Delirium nos ha ofrecido es "El caballero de las espadas" y "La reina de las espadas", primera y segunda partes de la "Trilogía del príncipe Corum", del escritor inglés Michael Moorcock. Obra que entra por completo en ese género de fantasía heroica, que algunos llaman de espada y brujería, y que enlaza a la ciencia-ficción con ese mundo crepuscular donde se desarrollan los cuentos de hadas y las novelas de caballerías: un mundo de contornos difusos, de lindes y fronteras desvaídas, como las imágenes de duermevela de donde seguramente nacen, donde lo real y lo irreal, lo posible y lo puramente imaginario se funden y se mezclan continuamente, dándonos visiones cambiantes y enojadas de paisajes imposibles... y, sin embargo, reales.

Michael Moorcock es uno de los más importantes escritores británicos de SF. En su labor como director de la fenecida revista "New Worlds" llegó a dar una fisonomía propia, y un estilo definido, a esa rama de la ciencia-ficción que se ha llamado "New Thing", nueva cosa, y que es como la etapa adulta de la SF: el género deja de ser algo menor, profundamente encasillado en las fronteras que le marcan determinados editores, para ocupar un lugar en la literatura general. Caben ya en él la experimentación formal y la búsqueda de temas nuevos e importantes, y deja de ser simple pasto para multitudes hambrien-

tas de emociones y vehículo de expresión de una industria devoradora, que impone a los escritores sus cánones y criterios. Autores como J. G. Ballard han probado suficientemente este paso a la edad adulta de la SF.

Pero la "Trilogía del príncipe Corum" que aquí comento no entra dentro de la "New Thing". Es una obra heredera de la tradición fantástica anglosajona, que le debe mucho a lord Dunsany, al profesor Tolkien y a C. S. Lewis, aunque entre por completo dentro del marco —también difuso y cambiante— de la SF. La fantasía heroica británica difiere fundamentalmente de la americana en un punto esencial: esta primera es materialista. Descendiente de

por el contrario, es mucho menos materialista, y el héroe —aunque, como en el caso del príncipe Corum, no sea un ser humano propiamente dicho— tiene muchos más aspectos humanos que los rudos bárbaros de Howard. El príncipe Corum, último representante de una raza no-humana, los Vadhagh, exterminada por el ascenso brutal de la raza humana, es un ser débil, que duda y teme, y que sólo entra en lucha porque no le queda otro remedio, para sobrevivir. Su fuerza física no le basta, y es ayudado en sus luchas contra los humanos —otro detalle importante: aquí son los seres humanos los villanos de la historia— por elementos decididamente mágicos: un ojo y una



ciertos cuentos de Lovecraft, y sobre todo de la saga de Conan el bárbaro, de Robert E. Howard, sus héroes suelen ser a menudo brutales, y confían más en su fuerza que en su inteligencia para vencer a los dioses —pobres dioses, siempre materiales—, a los demonios —vulnerables a su espada— y a los brujos, que son la encarnación de la inteligencia y del espíritu. La fantasía heroica americana está teñida de un cierto fascismo, que hace del héroe su pieza principal, y que oprime continuamente el Cuerpo —siempre vencedor— a la Inteligencia —vencida siempre—, y tiene también determinado sentido común: nada de lo que se nos cuenta, por muy fantástico que sea o que parezca, es por completo sobrenatural. La magia es una ciencia oculta, pero una ciencia en este tipo de relatos.

La fantasía heroica británica,

mano de dos dioses muertos, que le son colocados por un brujo en sustitución de sus miembros amputados por la barbarie de la Humanidad.

Pero, pese a todas las apariencias, el príncipe Corum no lucha su propia batalla: es juguete de fuerzas muy superiores a él, que cree comprender, pero que no entiende, y pelea como simple peón en la guerra que entablan los Señores de la Ley y los Señores del Caos, entidades cuasi-divinas. Aquí un americano se hubiera planteado una postura decididamente maniqueísta: el Orden es bueno, el Caos es malo, y punto. Pero no lo hace así Moorcock; efectivamente, a lo largo de casi toda su larga aventura, su héroe, el príncipe Corum, cree que la Ley es el Bien, pero acaba dándose cuenta de que en realidad no es así, que ha sido utilizado en un juego que nada tiene que ver con él.

Largo tiempo se ha discutido sobre el realismo en literatura, y se han dado de él tantas definiciones como autores han tratado el tema. Las novelas de Moorcock —y no solamente éstas del príncipe Corum, sino las de su otro personaje, Elric de Melniboné— parecen ser claramente no realistas. Y sin embargo, a pesar de los años luz que en el tiempo y en el espacio nos separan de los mundos que cuenta, y de esos héroes que cabalgan entre estrellas errantes, yo le calificaría como un escritor que narra una realidad. Sus héroes, últimos vástagos todos de razas malditas o extinguidas, solitarios y en perpetua contradicción consigo mismos, son completamente humanos, más allá de su aspecto físico algo extraño o de sus poderes asombrosos, y el ámbito moral en que se mueven es por completo terrestre y actual. Son sus problemas comprensibles, humanos. Y su comportamiento no tiene nada que ver con la envarada rigidez de los héroes, sino con la flexibilidad de los hombres. Si las novelas de Moorcock entroncan con la novela de caballería es sólo en lo anecdótico; en lo fundamental, en lo profundo, están mucho más cerca del pensamiento filosófico de Jean-Paul Sartre o de Camus. ■ E. HARO IBARS.

Saussure encuentra a Marx

Dentro de una colección dedicada a temas de comunicación, cuya coherencia e interés es obligado señalar, ha aparecido una obra del lingüista argentino Luis J. Prieto (1). Colaborador durante algún tiempo de Martinet y profesor de su especialidad en varias Universidades argentinas y europeas, Prieto es conocido fundamentalmente por sus Principios de noología y su tantas veces citada Mensajes y señales (2), donde, entre otras cosas, desarrolla y aplica los descubrimientos de Martinet sobre los niveles de articulación en la lengua a otros sistemas.

En Pertinencia y práctica, integrada por una serie de cinco ensayos, algunos de los cuales estaban destinados a la "Enciclopedia del Novecento" italia-

(1) Pertinencia y práctica. Ensayos de semiología. Traductor: Joaquín Garay Escoda. Colección Comunicación Visual. Editorial Gustavo Gili. Barcelona, 1977.

(2) Seix Barral. Barcelona, 1967.